

FIESTA EN MARCO.

24 de Julio serrano, en Marco, distrito de Jauja.

Crepúsculo.

El Sol parece sepultar en los múltiples silos del Ande sus postreros rayos, acompañado de la flébil música que a "tinyas" y "wacxras" arranca la indiada.

Hace tres días que se celebra la fiesta de la patrona del lugar, María Magdalena, la figura más poética y humana de los Evangelios. El "taqui" terminará el 27.

Flota en el ambiente la albórbola de un jolgorio telúrico. Es la alegría inocente y candorosa del hombre primitivo que vive por y para la tierra. Jamás puede desvincularse de la "mamapacha". Ni en los días de faena, ni en los de diversión. Allá, en el campo, durante las operaciones de labranza, su primer y obligado deseo es que la tierra sea generosa. De su frente cae una gota de sudor, y otra, y otra gota caen para humedecer las reseca grietas que al ritmo de su azada va abriendo. Y de la tierra asciende hasta su frente un pañuelo de polvo para enjugarla. Si el cansancio le agarrota los músculos, yergue el torso y clava una mirada indefinible en los "apus" que contemplaron la gloria de sus pasados, deseando una buena cosecha para realizar un anhelo que esconde hace tiempo. Si sobreviene la sequía o se malea el sembrío, piensa en su Juanacha y luego dice en el verso de Chocano, entre filósofo y resignado: "Otra vez será.....".

Tal es la ruda y doliente epopeya de trabajo que día a día escribe sobre la tierra. Por eso en la Religión ve un medio y una esperanza. El no es monoteísta; profesa un cristianismo pagano. A su politeísmo ha superpuesto la idea de un dios superior; pero practica todavía la adoración de sus deidades primigenias, de las fuerzas de la Naturaleza divinizadas. En la chacara, antes de iniciar sus labores agrícolas, musita con fervorosa ingenuidad su plegaria a la tierra para que sea pródiga en brindarle sus frutos. En las procesiones y en la Iglesia reza, pleno de unción y fervor, pidiendo lo mismo. Se explica así el concepto que bulle en él cuando da limosna al párroco o cuando "arma" la procesión: "Virgen María me dará bastante cosecha", dice. Y para más obligarla todavía, en épocas determinadas, la festeja con toda la fastuosidad que es posible encontrar en estos pueblecitos serranos. Marco no escapa a la comprensión de esta premisa, que creo es valdera para toda la sierra peruana.

La patrona del distrito jaujino es—ya lo dije—María Magdalena. Las festividades en su honor se inician el 21 de Julio. Duran hasta la víspera de Fiestas Patrias, inclusive. Comienzan con la misa de orden, celebrada por el cura del lugar. Luego, a las 11 a. m., más o menos, se quema algunos cohetes y, ya por la tarde, se inicia el baile general, en la Plaza de Armas. No hay medio mejor para apreciar la concentración demótica de estos lugares que acudir a la citada plaza en día de fiesta. Allí concurre toda la indiada: mujeres, niños, ancianos y jóvenes. Nadie falta, excepto la población blanca que, por lo demás, es muy reducida. Todos los asistentes visten sus mejores galas y llevan la intención de embriagarse y danzar como el mejor. Ya en la Plaza, se agrupan frente a la Iglesia, formando un redondel, cuyo centro ocupan las cuadrillas de bailarines. Tiemplan los músicos sus instrumentos. Los espectadores hacen circular el “jarro”, trasegando gran cantidad de espirituoso licor, entre brindis y bromas. Bromas que dicen algo de la sutil ironía del indio y del grado de su ingenio.

De repente un disforzado “yo y tú” entre arpa y guitarra anuncia la introducción al “huayno”. Espectación. Se aprestan las parejas. Surgen cantarinos manantiales de égloga de los clarinetes, violines y quenás..... Y empieza el baile.

La cuadrilla oficial, por así decirlo, la integran 15 danzari-nes, los mejores del poblacho. Sus vestidos dejan leer todo el proceso evolutivo del Perú: está el tahuantinsuyo, el inca, maskapacha en la frente, manto azul echado sobre los hombros, túnica hasta la rodilla y makana en mano. A su lado, otro bailarín, que representa al soldado español siglo XVI, simboliza la conquista. Hay, en seguida, un torero, vestido con el traje de luces típico de la fiesta española: es la Colonia, traducida también por dos mujeres antiguas, portadoras de paraguas y trajes llenos de encajes, como reminiscencia virreynal. Viene después la República, trasuntada por un grupo singular integrado por cuatro bailarines. Tres de ellos, los denominados “chutus”, dentro del conjunto coreográfico, no son otra cosa que la expresión del indio pastor actual. Usan la ropa típica de nuestro aborigen, la que se vé en el indio esparcido en los Andes de Puna. Más que ropaje, es un conjunto de harapos, sucios y pringosos. El otro es el arriero argentino, según los indios. Pero interpretando el significado de su traje y la actitud misma que observa en el transcurso de la danza, se infiere que no es este el personaje que él encarna. Parece más bien que hace el papel de un producto netamente republicano, el gamonal. Esta no es idea del autor, sino referencia hecha por una persona que vive en el lugar muchos años. Y así debe ser, porque, como pudimos apreciar en las horas que estuvimos en Marco, observa para con los “chutus” un comportamiento prepotente. Los

dirige en todos sus movimientos; los toma del cuello y los obliga a hincar la rodilla en tierra, con altivo gesto y ademán imperioso, y, aún, les propina algunos fuetazos de rato en rato. De otro lado el traje que viste no es el de arriero, sino el de hacendado: fino sombrero alón de fieltro, regio poncho, pantalón de montar, botas, espuelas sampedranas, revólver al cinto.

Finalmente, con una fiesta de colores sobre los hombros, aparecen 6 mujeres, exponentes de la serrana actual. Representan a los pueblos aledaños. Así, por ejemplo, hay dos a quienes denominan las "huanquitas", que se supone han llegado de su distrito para asistir al júbilo religioso de Marco. Todas ellas ponen una nota de lujo en la danza. Echadas a la espalda llevan primorosas "llicllas", sobre las cuales han bordado en rica seda manojos de flores, que son un derroche de amabilidad, paciencia y colorido y a las que solo les falta el perfume para pasar por naturales. Pendientes del cuello, vigoroso y bronceado, lucen collares confeccionados con cuentas de cristal y rematados por un rosario de monedas de plata y oro, desde el ducado español hasta la libra peruana. De la cintura para abajo las rodea una orgía cromática de rojos, azules, y verdes vívidos, que contrastan con el blanco nieve de sus medias de lana.

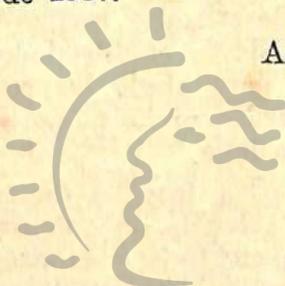
La masa coreográfica íntegra dá la impresión de moverse dentro de un plan establecido de antemano. Por eso quizá, no se nota la ruptura de la euritmia y la gracia con esfuerzos violentos ni contorsiones bruscas. Siguen con admirable acierto el compás del huayno que modulan arpas y violines y sobre el suelo dibujan inadvertidos arabescos con sus visajes, esguinces, genuflexiones y zapateos isócronos.

Ternura y gravedad, las dos notas que apunta Riva Agüero para el paisaje del Ande, refléjanse aquí, en la música y en la danza indígenas. Fluye la ternura, como lágrima celeste hecha lluvia, de la lírica indígena, monótona, ingenua y dulce; manifiéstase la gravedad en el fragor del bombo y la tinya. Cual si la tímida "cocha" andina hubiera sido sorprendida en su candoroso juego de luces y reverberaciones con el Sol por el trueno, enmudece la dulzura de la prima de guitarras y violines ante el son de la "wacxra" y el bramar de la "tinya". Hay algo de sobrecogedor en estas notas lúgubres que desgarran el "waca-wacxra". Y hay algo imponente en la gravedad majestuosa del hosco y elevado perfil de los "hatúns".

No puede ser más estrecha la vinculación entre el Medio y la Música: así como del contraste geográfico entre la puna gélida y la tibia quebrada andina surge el indio, pleno de ternura eglógica por el paisaje; así, del mismo contraste, surge ese algo indefinible en la música del Ande, que no es propiamente tristeza, sino más bien un sentimiento de nostalgia que hace que difusamente

pensemos que algo nos falta, que alguien nos reclama..... ¿La sierra? Puede ser. Quizá más que la sierra sea el indio. Por eso, tal vez, "El Tunante" dijo: "El Yaraví es lo nacional". Pero se equivocó el Tunante. Este llamado que sentimos en la música indígena, más que decirnos "nosotros somos el Perú", nos dice "nosotros también debemos ser peruanos". El indio no quiere ser ídolo. No quiere ser objeto de plegarias románticas. Quiere ser peruano. Lo nacional no es el yaraví; lo nacional es el triste con fuga de tondero e introducción de tanguíño, hablando en metáforas. No es ni la costa sola; ni la sierra sola; ni la montaña sola: son las tres regiones. Es la visión integralista de todo nuestro territorio como morada de hombres iguales. Y todo parece decirnos que esta es la imagen del futuro Perú, desde el mestizaje creciente hasta la conexión vial de los tres Perús actuales.

Lima. 19 de Agosto de 1937.



ANTENOR DEL POZO,
(Alumno).

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

